

DIARIO DE LOS DEBATES

DE LA ASAMBLEA DE REPRESENTANTES
DEL DISTRITO FEDERAL
PRIMERA LEGISLATURA

MEXICO, D.F., MARTES 19 DE SEPTIEMBRE DE 1995

AÑO II PRIMER PERIODO ORDINARIO DE SESIONES NUM. 4
SESION SOLEMNE

PRESENCIA DE LA C. REPRESENTANTE
PALOMA VILLASEÑOR VARGAS



SUMARIO

LISTA DE ASISTENCIA

pág. 2

DECLARACION DEL QUORUM

pág. 2

LECTURA DEL ACUERDO DE LA COMISION DE GOBIERNO Y DE
LA COMISION DE ESTUDIOS LEGISLATIVOS Y PRACTICAS PARLA-
MENTARIAS APROBADOS POR EL PLENO EN LA SESION CELEBRA-
DA EL 17 DE SEPTIEMBRE DEL AÑO EN CURSO

pág. 2

INTERVENCION DE LOS GRUPOS PARLAMENTARIOS

pág. 4

A las 11:30 horas LAC. PRESIDENTA PALOMA VILLASEÑOR VARGAS.- Proceda la Secretaría a pasar lista de asistencia.

EL C. SECRETARIO RODOLFO SAMANIEGO LOPEZ.- Se va a proceder a pasar lista de asistencia a las ciudadanas y ciudadanos Representantes.

(Se procedió a pasar lista de asistencia)

EL C. SECRETARIO.- Señora Presidenta, hay una asistencia de 50 ciudadanos Representantes. Hay quórum.

LAC. PRESIDENTA.- Se abre la Sesión. Proceda la Secretaría a dar lectura al Orden del Día.

EL C. SECRETARIO FRANCISCO DUFOUR SANCHEZ.- Se va a dar lectura al Orden del Día.

Asamblea de Representantes del Distrito Federal, Primera Legislatura, Primer Periodo Ordinario, Segundo Año de Ejercicio, Sesión Solemne, 19 de septiembre de 1995.

Orden del Día

- 1.- Lectura del acuerdo de la Comisión de Gobierno y del de la Comisión de Estudios Legislativos y Prácticas Parlamentarias, aprobados por el Pleno en la Sesión celebrada el día 17 de septiembre en curso.
- 2.- Minuto de silencio.
- 3.- Intervención de los Grupos Parlamentarios.
- 4.- Designación de la Comisión para recibir al Jefe del Departamento del Distrito Federal.

LAC. PRESIDENTA.- Sírvase la Secretaría dar lectura a los acuerdos respectivos de la Comisión de Gobierno y de la Comisión de Estudios Legislativos y Prácticas Parlamentarias, aprobados por el Pleno en la Sesión celebrada el pasado 17 de septiembre.

EL C. SECRETARIO RODOLFO SAMANIEGO LOPEZ.- Se va a dar lectura a los acuerdos antes citados.

Acuerdo de la Comisión de Gobierno para la celebración de una Sesión Solemne conmemorativa del décimo aniversario de los Sismos de 1985.

La Comisión de Gobierno, con fundamento en el artículo 34 del Reglamento para el Gobierno Interior de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal, y

CONSIDERANDO

I. Que durante los sismos de 1985 la ciudadanía, en una muestra de solidaridad, se organizó para hacer frente común a los conflictos que generó la destrucción parcial de la Ciudad de México, prestando en forma desinteresada y unida valiosos servicios a la comunidad del Distrito Federal;

II. Que las experiencias recogidas a raíz de los sismos del 19 de septiembre de 1985, deben ser recordadas por ésta y futuras generaciones, y deben ser el germen que permita desarrollar medidas adecuadas para la prevención y combate para casos de desastres, y

III. Que el artículo 34 del Reglamento para el Gobierno Interior faculta a la Comisión de Gobierno para acordar la celebración de Sesiones Solemnes, las cuales deberán desarrollarse conforme a las reglas expresamente fijadas por el Pleno a propuesta de la Comisión de Estudios Legislativos y Prácticas Parlamentarias,

Emite el siguiente

ACUERDO

Unico: Se acuerda la celebración de una Sesión Solemne del Pleno de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal, a verificarse el próximo martes 19 de septiembre de 1995 a las 11:00 horas, en el Recinto parlamentario, a efecto de conmemorar los sismos que afectaron a la Ciudad de México en 1985.

Dado en el Recinto de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal, a los 12 días del mes de septiembre de 1995.

Firman los siguientes Representantes: Manuel Jiménez Guzmán, Gonzalo Altamirano Dimas,

María Dolores Padierna Luna, Francisco González Gómez, Arturo Sáenz Ferral, Amado Treviño Abatte, Luis Velázquez Jaacks, Paloma Villaseñor Vargas y David Jiménez González.

"Acuerdo de la Comisión de Estudios Legislativos y Prácticas Parlamentarias que somete al Pleno, referente a la celebración de una Sesión Solemne conmemorativa del décimo aniversario de los Sismos 1985.

La Comisión de Estudios Legislativos y Prácticas Parlamentarias, con fundamento en el "Acuerdo de la Comisión de Gobierno para la celebración de una Sesión Solemne, conmemorativa del décimo aniversario de los Sismos de 1985" y de los artículos 34 y 57 del Reglamento para el Gobierno Interior de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal, y

CONSIDERANDO

Que la Comisión de Gobierno, con base en el artículo 34 del Reglamento para el Gobierno Interior de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal, acordó la celebración de una Sesión Solemne del Pleno, a verificarse el día 19 de septiembre de 1995, a las 11:00 horas; y

Que el artículo 34 del Reglamento para el Gobierno Interior faculta a esta Comisión para proponer al Pleno las reglas expresas para el desarrollo de la Sesión Solemne referida en la consideración anterior; en virtud de lo cual propone al Pleno la adopción del siguiente

ACUERDO

Primero.- La Sesión Solemne conmemorativa del primer decenio de los sismos de 1985 se verificará el día martes 19 de septiembre de 1985, en el Recinto parlamentario, a las 11:00 horas.

Segundo.- La Sesión Solemne a que se refiere el punto anterior tendrá como único objeto el conmemorar la primer década de los sismos de 1985, que afectaron a la Ciudad de México.

Tercero.- El procedimiento de la Sesión Solemne se regirá por las siguientes reglas:

I. La Sesión dará inicio a las 11:00, con la lista de asistentes.

II. El Orden del Día será el siguiente:

1. Lectura de los acuerdos respectivos de la Comisión de Gobierno y de la Comisión de Estudios Legislativos y Prácticas Parlamentarias, referentes a la Sesión conmemorativa de los sismos de 1985.

2. Un minuto de silencio, en recuerdo de las personas que fallecieron como consecuencia de los sismos de 1985.

3. Fijación de las posturas de los Grupos Parlamentarios.

III. El Presidente de la Mesa solicitará al Secretario de la misma que se sirva dar lectura a los acuerdos de la Comisión de Gobierno y de la Comisión de Estudios Legislativos y Prácticas Parlamentarias. Inmediatamente después solicitará a los asistentes que se pongan de pie, a efecto de guardar un minuto de silencio, en honor de las personas que fenecieron como consecuencia de los sismos de 1985.

IV. Cada Grupo Parlamentario de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal por medio de un Representante, podrá fijar su postura. Para ello, cada orador podrá hacer uso de la palabra hasta por 20 minutos. Durante las exposiciones no procederá interpelación alguna ni uso de la palabra para rectificar hechos, alusiones o réplica.

V. El orden de participación de los Grupos Parlamentarios se hará en orden creciente, de acuerdo a su representación ante la Asamblea.

Cuarto.- La Comisión de Gobierno acordará las invitaciones a autoridades del Distrito Federal, ciudadanos y entidades u organizaciones, y se encargará de instrumentar su asistencia y ubicación en las galerías del Recinto de Sesiones.

Dado en el Recinto de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal, a los 14 días del mes de septiembre de 1995.

Firman los siguientes Representantes: Jorge González Macías, Presidente; Manuel Terrazo Ramírez, Vicepresidente; Sandra Lucía Segura Rangel, Secretario. Como integrantes de la Comisión: David Cervantes Peredo, David Jiménez González, Víctor M. Orduña Muñoz, Luis M. Altamirano y Cuadros, Luis Velázquez Jaacks, Ricardo Bueyes Oliva, Hugo Castro Aranda, Tayde

González Cuadros, Eric Moreno Mejía, Salvador E. Muñúzuri Hernández.

LA C. PRESIDENTA. - Gracias, señor Secretario.

Esta Primera Legislatura de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal, le da la bienvenida al licenciado Jesús Dávila Narro, delegado político en Cuauhtémoc.

Con el fin de guardar un minuto de silencio en honor a las personas que perdieron la vida como consecuencia de los sismos de 1985, se ruega a todos los presentes ponerse de pie.

(Se guarda un minuto de silencio)

Muchas gracias.

Para expresar sus puntos de vista con relación al aniversario que se conmemora en esta Sesión Solemne, han solicitado hacer uso de la palabra los siguientes Representantes: Arturo Sáenz Ferral, del Partido Verde Ecologista de México; Germán Aguilar Olivera, del Partido del Trabajo; Francisco Alvarado Miguel, del Partido de la Revolución Democrática; Héctor González Reza, del Partido Acción Nacional; y Antonio Paz Martínez, del Partido Revolucionario Institucional.

En consecuencia, se concede el uso de la palabra al Representante Arturo Sáenz Ferral, del Partido Verde Ecologista de México.

EL C. REPRESENTANTE ARTURO SAENZ FERRAL. - Con su venia, señora Presidenta; compañeros y compañeras Representantes; señoras y señores de los medios de comunicación:

Y desde que vimos tantas ciudades y villas asentadas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, y aquí vimos cosas tan admirables y no sabíamos qué decir o si era verdad lo que por delante parecía, que en una parte en tierra habría grandes ciudades y en la laguna otras muchas, veíamoslo todo lleno de canoas y en la calzada puentes de trecho a trecho y por delante estaba la gran Ciudad de México.

Hace cerca de 450 años, Tenochtitlan, la mayor ciudad de Mesoamérica, era origen y cuna de una joven civilización, la mexicana. Ciudad asentada en un largo, niña apenas de dos siglos, causó la sorpresa y codicia de quienes poco después serían poseedores de sus despojos.

Porque en aquellos, rememora Bernal Díaz del Castillo, el conquistador lleno de admiración por México, que habíamos ganado a México, como lo supieron en todas las provincias, no lo podían creer.

La dolida voz indígena, por su lado, legó su canto; en los caminos yacen dardos rotos, los cabellos están esparcidos, destechadas están las casas, enrojecidos tienen sus muros, gusanos pululan por calles y plazas y en las paredes están salpicados los sesos, rojas están las aguas, están como teñidas, cuando las decimos es como si bebiéramos agua de salitre.

La Ciudad de México, la de habla castellana y traza europea en su centro viejo, la de la multitud hacinada en varios dormitorios, la de edificios modernistas de acero y cristal y de miles de fachadas sin pintura, la contradictoria y desigual Ciudad de México tiene una larga historia que contar: historia increíble, pero no de encantamiento; admirable, pero no por su armonía y unión con la naturaleza.

La Ciudad de México es un enorme gigante que el 19 de septiembre de 1985 vio de nuevo, como varias veces en su historia, sangre en sus calles, sangre no causada por la codicia de los hombres sino por la naturaleza, ayudada por la imprevisión de los humanos.

La Ciudad de México fue, desde su origen en la cultura mexicana, el centro político y económico de la nación, durante la colonia esta situación se acrecentó. La capital del virreinato de la Nueva España era sede del representante del rey y de la audiencia más poderosa, lugar donde se ubicaban los centros de educación superior, civiles y eclesiásticos y la ciudad en la que las decisiones y acontecimientos importantes para el resto del país ocurrían.

La conversión de una ciudad lacustre en una ciudad de tipo castellano se dio en la colonia,

después de La conquista y destrucción de Tenochtitlan, las piedras de sus casas y templos derrocados vinieron a dar al fondo de los canales. Dar salida a las aguas que provocaron grandes inundaciones fue el principal reto para la ingeniería de la época. La tala de los bosques vecinos, el desvío de las aguas que alimentaban a sus lagos y el relleno de sus canales fueron el primer trabajo del pueblo conquistado.

En pocos años se construyó una ciudad sobre un terreno cenagoso; la catedral metropolitana, el palacio de los virreyes y buena parte de los templos y casas de la Ciudad de México se cimentaron con troncos de ahuehuete, árbol que alrededor de los lagos crecía, y resistente, por lo tanto, a la pudrición de la humedad.

Los últimos años de la colonia y primeros de la independencia, fueron testigos de una ciudad que, en voz del viajero alemán, el Barón de Humboldt, era sin duda, una de las ciudades más hermosas que los europeos han fundado en ambos hemisferios y decía: apenas existe una ciudad que puede compararse con la capital de Nueva España, pero en nivel uniforme del suelo que ocupa, por la regularidad y anchura de las calles y por lo grandioso de las plazas públicas; ciudad, sin embargo, mucho mayor en población y extensión que todas las que formaban el país; ciudad donde poder y riqueza se concentraban y atraían gentes, dineros y necesidades.

Los primeros 50 años de vida independiente, fortalecieron el papel central de la ciudad, en ella se dieron buena parte de los golpes de estado y cambio de gobierno, que dan triste personalidad a esta época.

La ciudad fue testigo y partícipe de la invasión norteamericana; las calles con su traza colonial, su plaza principal y, sobre todo, el Bosque de Chapultepec, hermoso recuerdo de los existentes en el periodo indígena, atestiguaron batallas de inútil defensa.

De esos momentos, las parroquias de Santa Catarina y Santa Ana recuerdan que fueron sus párrocos y vicarios quienes encabezaron la desesperada lucha por mantener la independencia.

El viejo casco de la ciudad ya era, para cuando México recibió otra invasión extranjera, la francesa, un reducto de historia nacional.

La ya citada parroquia de Santa Ana había sido el recinto donde Mariano Matamoros cantó su primera misa; unas pocas calles hacia el norte, la capilla de indios de la concepción tequisquehuaca recordaba donde fue Cuauhtémoc apresado. La ciudad de la mitad del siglo era muy pequeña, en comparación con lo ocurrido después; al norte terminaba en la garita de Peralvillo y se iniciaba ahí el camino a la basílica de Guadalupe; por el sur se perdía en maizales, después del templo de San Jerónimo; al oriente, la parroquia de San Pablo y el templo de la Soledad daban mil límites al barrio comercial de abastos y alimentos; y por el poniente, la ciudad se delimitaba por el paseo de Bucareli, un recuerdo de un virrey constructor y honrado.

Más allá de sus límites, el lago de Texcoco y el de Chapultepec, haciendas maizeras de la Condesa y Narvarte y pueblos de indios, como el de Romita, La Piedad, o barrios como el de Tepito y la Lagunilla, formaban ese todo admirado por Humboldt. Muchos de esos nombres fueron noticia en septiembre de 1985.

Para cuando la Ciudad de México festejó con bailes, desfiles, exposiciones, visitas de embajadores extraordinarios, inauguración de monumentos, los 100 años de la independencia de España, había cambiado mucho.

En 60 años había visto la salida del emperador francés; la entrada de Benito Juárez; la expulsión de muchos clérigos y, sobre todo, había conocido los efectos de la sociedad industrial; de pequeños talleres artesanales, la ciudad vio nacer sus primeras industrias y con ella los primeros barrios, colonias obreras, la así llamada por antonomasia colonia Obrera, la de La Bolsa, la Morelos y la Moctezuma, y tuvo con espíritu afrancesado las colonias Santa María, San Rafael y Roma, que daban cobijo a las más famosas y ricas de las familias del momento.

El centro de la ciudad había sufrido una hecatombe, conventos e iglesias fueron destruidos para dar lugar a calles, avenidas y

casas de los nuevos ricos; el mundo liberal aún no construido iniciaba su marcha derrumbando las casas del antiguo régimen.

La ciudad que siempre había contado con muchos más pobres que ricos, con muchos más pelados que gente educada, fue cruzada por automóviles y caminos, alumbrada por luz eléctrica y alejó, cada día más, los lagos y ríos que alegremente eran desecados en nombre del progreso.

La Revolución Mexicana trajo el primer gran salto demográfico de la ciudad; familias enteras llegaron en busca de paz y de trabajo.

Los capitales que nacieron de deudas con el extranjero, saqueo del campo y comercio con otros países, fueron aplicados a la construcción de fábricas y edificios. El primer rascacielos, el de La Nacional, nace en los 30; y en esa misma década y en la siguiente, barrios populares, lejanías grandes entre habitación y trabajo; y nuevas colonias para ricos y medio ricos se construyen sobre todo lo que eran haciendas, canales y campos de pastoreo.

De ahí en adelante, el crecimiento se hace incontenible, sobre el lecho desértico y polvoso del lago de Texcoco, se mal construye una de las ciudades dormitorio más grandes del mundo, Ciudad Netzahualcóyotl.

El centro de la ciudad ve surgir edificios por doquiera, de cuatro pisos.

A principios de siglo se pasa a 20 ó 30 las distancias alcanzables por peatones, se pasa las necesidades de tranvía y autobuses. La Ciudad de México tiene un crecimiento vertiginoso.

En 1900 sus habitantes producían el 12% del producto interno bruto, y 40 años después, el Valle de México producía casi el 40%. Industrias y comercios, escuelas superiores y hospitales, iglesias, oficinas, talleres, centros de diversión, gente famosa, multitud de gente pobre, pero esperanzada, nacía, vivía y moría en esta ciudad.

De los años 50 en adelante, la ciudad perdió su particular fisonomía, la moda francesa en la construcción cedió sitio a la americana; la Unidad Habitacional Tlatelolco, nuevos edificios para hospitales, el Centro Médico, la Universidad

Nacional, el Instituto Politécnico, fueron construcciones modernas y orgullosas, muchas de ellas víctimas del terremoto también de 1985.

La ciudad perdió en 30 años todo control de dimensión; sus límites son indefinibles pues las miles de casuchas y colonias proletarias se confunden con pueblos campesinos, otrora lejanos, felices y feraces; talleres y habitaciones de uno o dos cuartos que albergan a dos o tres familias, ocupan las casas antes señoriales del centro de la ciudad; comerciantes ambulantes se posesionaron de las calles del Centro Histórico; transporte insuficiente por definición, agua escasa, desempleo y pérdida de la seguridad de antaño, son imperantes.

El mundo de los ricos se alejó del centro de la ciudad y de las colonias que lo rodean; son muchas ciudades en una, en lo horizontal y en lo vertical. En la extensión, nadie conoce toda la ciudad y cada quien recorre lo que el grupo social le da como horizonte; en lo vertical, cuartos de azotea rentados a recién llegados inmigrantes, forman un nuevo tipo de población.

La Ciudad de México, la vieja ciudad de los palacios, la llamada alguna vez la región más transparente del aire, se volvió inabarcable, se convirtió, y como dice el poeta: el llanto invisible de millares de hombres, en la ronca miseria, la gris melancolía, ciudad invernadero, gruta despedazada.

La historia de la ciudad es la historia del centralismo y la mala distribución de lo que hace bien al cuerpo y al espíritu. La Ciudad de México guarda más industrias, bancos, escuelas superiores, hospitales y centros de investigación que todas las demás de la nación.

En ella y a ella llegan más de la tercera parte de los recursos financieros bancarios, buena parte de la producción del campo se destina a alimentarla y, hasta hace pocos años prácticamente toda la industria del país se localizaba en el Valle de México o en sus regiones cercanas.

Del tlatoani azteca, señor de vidas de todo el México central, al Presidente de la República, todo poderoso señor de vidas, haciendas y leyes, pasando por virreyes y emperadores, la ciudad

ha sido fuente originaria del poder, la fama y la riqueza.

La concentración, sin embargo, no significa nunca bienestar; las grandes urbes crean miseria no sólo en las regiones que explotan, sino que en sí mismas llevan el peso de la pobreza explotan, sino que en sí mismas llevan el peso de la pobreza y la marginación.

La Ciudad de México en la fría estadística es rica, en la realidad es de gran riqueza para los menos y de miseria grande para los demás.

El poder que reside en ella le ha negado, desde hace más de 50 años, la posibilidad de elegir sus gobernantes. Ninguna concentración humana de tal magnitud en toda la historia ha estado impedida de optar por quien desea la gobierne.

Médicos y hospitales, alimentos y automóviles, colonias residenciales abundan para los pocos privilegiados que gozan de negocios o salarios; los más, los inmigrantes de reciente llegada, los jóvenes sin estudio y sin empleo, las mujeres trabajadoras eventuales de uno o dos días por semana ven cerca de los ojos la abundancia que les está vedada.

Compañeros y compañeras: Los sismos de septiembre de 1985, con todo y el cúmulo de desgracias ocurridas, posibilitaron también la emergencia, en unos casos, y la reemergencia en otros más, de nuevos sujetos sociales que se han planteado en forma conjunta o por separado la posibilidad de transformar este gigantesco agregado urbano, con objeto de crear nuevas bases para garantizar la convivencia pacífica y constructiva entre los capitalinos.

Surgieron o resurgieron sujetos o actores sociales que, además de experimentar lo que denominaremos como un despertar cívico, activo, consciente y responsable, están prosperando en su esfuerzo de emanciparse de la fuerza del gobierno, constituyendo ello el hecho político y social más importante de estos últimos 10 años, por qué no decirlo, tal vez el más esperanzador.

Aparecieron grupos cada vez más vastos y organizaciones sociales en los diferentes campos de la vida social de la ciudad y del país, representativos de una riqueza y un aporte que

es preciso tomar en cuenta. Organizaciones ciudadanas que someten a escrutinio el ejercicio del poder, que irrumpen un campo antaño solamente reservado para quienes se autoerigen como los únicos representantes de la población, es decir, en el campo de la política. Irrupción que ha tenido como propósito, entre otros, el de despojar a la política de su carácter privado y palaciego para convertirla en formas de competencia y colaboración públicas.

Organizaciones ciudadanas que desde entonces han incorporado nuevas formas, valores, principios y actitudes, por cierto abandonadas desde hace tiempo por las organizaciones convencionales.

Solidaridad espontánea, que no institucionalizada ni mucho menos mediatizada o convertida en propaganda gubernamental. Organización flexible e intuitiva, rechazo a las jerarquías y a la integración, autonomía e independencia, participación voluntaria, apoyo mutuo.

Organizaciones civiles que han prosperado en su esfuerzo de emanciparse del gobierno y cuya mayor evidencia son todas las tareas cumplidas por dichas organizaciones en los últimos 10 años. Organizaciones civiles que han dejado de considerar al poder como algo mágico, inmutable y omnipotente, para concentrar toda su energía y experiencia adquirida en abrir brechas para el cambio profundo que se sigue dilatando en nuestra ciudad, para que la ciudad deje de ser un estado de excepción sometida a las decisiones unilaterales de un gobierno de corte casi monárquico.

Organizaciones que no buscan ni permitirán una cooptación, que hacen un esfuerzo para evadir estos esfuerzos de cooptación de aquellas instituciones políticas que se jactan y fanfarronean en el sentido de que para hacer política se requiere formar un partido político, si los que hay ya no les satisfacen.

Las organizaciones ciudadanas a lo largo de los últimos 10 años han demostrado que tienen no sólo la capacidad, sino el derecho de participar en la construcción de políticas públicas, de participar en la formulación de soluciones a los grandes problemas locales y nacionales. Por ello

resulta inexplicable que hoy, a 10 años de concentración de numerosas experiencias exitosas en el diseño e instrumentación de políticas para el desarrollo micro y macro regional, las organizaciones civiles se encuentren excluidas del denominado diálogo nacional.

Las organizaciones civiles o llamadas no gubernamentales, contrario a lo que plantean los practicantes de un nuevo autoritarismo que ya comienza a extenderse por varias regiones en el país y que creen que ha llegado el momento de ejercer el poder, cuentan no con una, sino con numerosas propuestas para contribuir a la construcción y el cambio de nuestra ciudad.

Propuestas que ha quedado condensadas en lo que hoy conocemos como la carta de los derechos ciudadanos y que constituyen de alguna manera el legado de todos aquellos que durante los sismos de septiembre de 85 decidieron, parafraseando a un articulista importante, "pasar de la condición de súbditos para convertirse en ciudadanos conscientes, activos y responsables".

A mi modo de ver, creo que estamos perdiendo el espíritu que animó e impregnó la reacción de nuestro pueblo, sin distinción de clases, durante aquél momento estelar que marcó los derroteros de la ciudad.

Si en verdad queremos tributar a los miles de muertos, heridos y damnificados, qué mejor oportunidad que ésta para restaurar los derechos arbitrariamente expropiados a los miles de capitalinos que hoy añoramos y nos empeñamos por construir la democracia sin la tutela gubernamental.

Hoy, como hace 10 años, las demandas de la ciudadanía se mantiene vigentes: democratización integral, participación directa en la toma de decisiones, castigo a los funcionarios responsables de los daños ocurridos, adecuadas condiciones de vida y bienestar, empleo, educación, vivienda y salud para todos. Muchas gracias.

LA C. PRESIDENTA. - Gracias Representante Sáenz. A continuación, se concede el uso de la palabra al Representante Germán Aguilar Olvera, del Partido del Trabajo.

EL C. REPRESENTANTE GERMAN AGUILAR OLVERA. - Con su permiso, señora Presidenta, compañeras y compañeros Asambleístas:

Hoy se cumplen 10 años de aquel fatídico 19 de septiembre de 1985, en que sucedió uno de los temblores más devastadores de la historia de nuestra ciudad, tanto por lo que representó en pérdida de vidas humanas y demás afectados como por los costos materiales que significó el derrumbe o deterioro de construcciones elevadas en aquellas zonas donde el subsuelo de nuestra ciudad es más vulnerable, es el caso de la colonia Roma, el área de Tlatelolco y todo el Centro Histórico de nuestra ciudad.

Uno de los bienes más preciados que el ciudadano del Distrito Federal no puede hipotecar es su capacidad de recuerdo. A 10 años de aquel jueves negro de 1985, en que a las 7:19 horas de la mañana, el sismo de 8 grados en la escala de Richter sacudió la ciudad y causó, según datos oficiales, el doloroso saldo de 6 mil muertos, 20 mil desaparecidos, 30 mil damnificados, 4,100 rescatados de entre las ruinas y 400 edificios destruidos, 100 mil viviendas dañadas y una pérdida de 150 mil empleos. Daños materiales por un costo total de cuatro mil millones de dólares, de los que todavía existen algunos importantes rezagos.

Como coincidencia siniestra, el pasado 14 de septiembre, los capitalinos nuevamente exhumaron la memoria del horror y el pánico se apoderó de todos cuando a las 8 con 4 minutos un temblor de 7 grados Richter, con epicentro en las costas de Guerrero y Oaxaca, afloró ese sentimiento de vulnerabilidad que experimenta el ser humano.

Ante tales desastres naturales, nuevamente por algunos segundos el pánico surgió evidenciando lo impreparados que estamos para enfrentar sucesos como éste, a pesar de que el sismo del 85 nos colocó ante la necesidad de capacitarnos para ello.

Memorabilia dolorosa y olvido complaciente son opciones que se presentan a quien sufrió, en carne propia, la pérdida física, material e incluso psicológica. Los habitantes del Distrito Federal han hecho su elección y votado por la memoria,

pues en ella encuentran sustento para construir, a partir de las cenizas, una ciudad más segura, lejos de lo que ha sido hasta ahora una trampa mortal para sus pobladores, no sólo por la fragilidad del subsuelo en que se asienta, también por la falta de planificación con que ha crecido por décadas, motivando una gran centralización de actividades de todo tipo.

Del terremoto del 85 cada quien tiene sus propios recuentos; sin embargo, es claro que mucho significó algo más que una sacudida tectónica, trajo consigo grandes transformaciones políticas y sociales que con el tiempo se reflejaron en la gobernabilidad misma del país; es decir, no sólo la vida política del país cambió y se enriqueció con nuevas formas de participación social. También se modificó el concepto mismo de sociedad.

Desde su creación el Estado mexicano se ha distinguido por aprovechar al máximo las vicisitudes que le marcan los tiempos para consolidar consensos, como Nerón lo intentó con Roma.

El grupo encubado bajo la administración de la madridista intentó construir, sobre las ruinas humeantes de una ciudad también de palacios, una metrópoli moderna que pronto irrumpiera en el primer mundo; el intento se quedó sólo en eso.

No es descabellado por ello, que el terremoto del 85 fue un pretexto idóneo para, aprovechando los capitales de emergencia aportados por los grandes centros financieros internacionales para la construcción, apuntalaron basamentos económicos de un proyecto neoliberal que arrancó bajo el mandato de Miguel de la Madrid, perpetuó Salinas de Gortari, con graves consecuencias sociales en materia de pobreza, desempleo, hambre, delincuencia y deterioro del aparato productivo nacional; y continúa con el actual Presidente Ernesto Zedillo.

Ocurrido durante el tercer año de gobierno, Miguel de la Madrid, el siniestro del jueves negro de 1985 despojó de la mística fortaleza que supuestamente adquieren todos los mandatos mexicanos hacia la mitad de su administración.

El entonces Presidente de la República una vez más mostró su ineficiencia e indecisión para

tomar las medidas más óptimas que permearan en favor de los gobiernos afectados, particularmente de la Ciudad de México; aunque también se requería el apoyo en otras entidades, como Guerrero, Michoacán, el Estado de México y Colima y, sobre todo, en el sur del estado de Jalisco.

Desde la oficina presidencial permeó la incompetencia a todo el ensamblaje burocrático, donde funcionarios de todos los tamaños hasta los cuerpos de seguridad y asistencia civil, hicieron acto de presencia en los lugares siniestrados para practicar una vergonzosa rapiña, obstaculizando las labores de quienes verdaderamente contribuían al rescate de las víctimas.

Por ello, los sucesos del 19 de septiembre de 1985 se tradujeron no sólo en la caída de algunos colosos de concreto, significó el derrumbe de aparatos más gigantescos y monolíticos como es el caso del aparato burocrático y el desencanto de la tradicional eficiencia de la institución presidencial, quienes, ante la tragedia, nunca respondieron a las expectativas de una sociedad que hizo frente común para emprender, de manera espontánea y rudimentaria, pero inmediata, las tareas de rescate de las víctimas.

Cuando el gobierno dio luz verde a las labores de rescate, los ciudadanos ya habían entrado en acción.

El Centro Médico Nacional, la Secretaría de Comercio, de Comunicaciones y Transportes, Turismo, además del Hospital Juárez, los multifamiliares del mismo nombre y el tristemente célebre Edificio Nuevo León en Tlatelolco, que albergaban en sus débiles entrañas a una breve representatividad de la clase media que logró un cierto bienestar al amparo de los cheques de Tesorería, fueron todos derrumbe físicos y paradójicos de la burocracia que, a partir de las 7:19 horas del 19 de septiembre de 1985, inició un lento pero irrefutable deterioro.

Las colonias más afectadas: la Roma, Condesa, Doctores, Buenos Aires, Tlatelolco, Morelos, Guerrero, Peralvillo, Santa María la Ribera, Centro Histórico, San Rafael, la Juárez y la colonia Vista Alegre. Los desaciertos y las negligencias burocráticas bien pueden formar

una extensa bitácora. Quedan como ejemplos la raquítica participación de las instancias oficiales y el fracaso del Plan DN2, planeado para brindar asistencia civil y cuyas acciones se remitieron a acordonar las zonas del desastre que, bajo pretexto de evitar la rapiña, impidió el curso del rescate de vidas humanas.

Finalmente, y para no seguir listando anomalías, el rápido maquillaje de la ciudad por vía de los campamentos de damnificados y los planes de reordenamiento urbano y renovación habitacional popular, los cuales no obstante su rápido arranque, conforme transcurrió el tiempo, fueron postergados.

Por ese motivo no resulta extraño que a la luz de los acontecimientos de aquel gran terremoto se abriera la fractura existente hoy entre autoridades estatales y sociedad civil. Con el fortalecimiento de esta última, el sismo de 1985 fue parteaguas de la civilidad en México; a partir de entonces, gobernantes y gobernados ya no comparten el mismo idioma como tampoco metas e intereses dentro de un proyecto único de ciudad y de Nación; ahora la sociedad pugna por un ejercicio del poder más equilibrado, donde las decisiones importantes no sean arbitrariamente tomadas, donde los individuos luchan por una sociedad más democrática.

Es decir, dentro de los saldos más positivos rescatables a 10 años del terremoto, pueden destacarse, por un lado, el principio del fin del verticalismo político practicado por la élite en el poder que vio colapsadas sus decisiones unilaterales y, por otro, la sociedad civil, que alcanzó mayores espacios de participación en las líneas políticas decisivas.

Desde entonces, estos canales ciudadanos de participación se han transformado en prácticas cotidianas y en exigencia de apertura hacia el tránsito democrático de nuestro país.

En este contexto se circunscriben los casos concretos de los tan cuestionados resultados de las elecciones de 1988, con saldos negativos para la fórmula priísta; la emergencia en el escenario político partidista de la corriente democrática liderada por Cuauhtémoc Cárdenas; el

movimiento magisterial de la primavera de 1989, que culminó con la caída de Jonguitud Barrios, líder vitalicio del SNTE; el movimiento estudiantil universitario en que participó no sólo la UNAM, el surgimiento de un gran número de organizaciones independientes, sobre todo de grupos civiles que demandan vivienda y el principio del fin del corporativismo oficial que se reflejó recientemente en la cancelación del desfile del 1o. de mayo de 1995.

Todo ello como clara señal no sólo de la quiebra del discurso oficial, que no ha resurgido desde fechas claves en la historia mexicana reciente, como el 2 de octubre del 68 y 19 de septiembre del 85, sino de los hechos que sustituyeron las palabras y rebasan los límites de sus vanas promesas oficiales.

Pero no sólo eso, las consecuencias del terremoto también despertaron la acción ciudadana, lo que mereció el calificativo de inédito en la historia en nuestro país; el avance social conseguido desde entonces hasta hoy, nadie lo ha detenido ni nadie lo detendrá; ese espíritu de solidaridad, que no la del PRONASOL salinista, que mostramos los mexicanos, fue el parteaguas de participación solidaria en la solución de los problemas comunes; es decir, la participación ciudadana surgió de entre los escombros, en auxilio de las miles de víctimas del terremoto. Esa fue la herencia sísmica, a pesar del gran dolor por las pérdidas de vidas humanas.

En los diarios de hoy abundan las crónicas de aquel terrible jueves negro de hace 10 años, que nos traen dramáticas remembranzas; pero no basta con eso, es verdad que hace 10 años carecíamos de las medidas de seguridad pertinentes para casos de siniestros de esa magnitud, pero también es cierto que las pocas que se tienen ahora no son ni las adecuadas ni las suficientemente efectivas porque, aunque se trate de hechos naturales impredecibles, aparte de las que existen, no se difunden con suficiente profundidad entre la ciudadanía.

No basta con decir que la ciudad cuenta con un plan de sismos y estrategias coordinadas de atención inmediata, se requiere profundizar una política de protección civil, como una tarea global

de prevención y planificación, tanto en lo referente a normatividad como a vigilar su puntual aplicación.

Esta Honorable Asamblea debe legislar mediante la Comisión de Protección Civil y tiene por delante un compromiso con la ciudadanía de emitir una ley que satisfaga la demanda de una protección civil efectiva, aunque el gobierno de la ciudad y el gobierno federal tienen un compromiso mucho mayor con la ciudadanía en general y con implementar las mejores medidas de seguridad.

Así, por ejemplo, urgen las revisiones a todas aquellas construcciones que son mayores a 10 niveles, sobre todo en aquellas zonas de mayor sismicidad; al sistema de alarma sísmica que, por suerte, en esta última ocasión sonó en varias estaciones, pero todavía no es del todo confiable pues recuérdese que, en la mayoría de los casos, la alarma sísmica ha sonado o cuando no hay sismos, o bien, no ha sonado cuando éste se produce.

Además de que se requiere acelerar las prácticas para que los niños en todas las escuelas y las oficinas públicas practiquen con mayor periodicidad los simulacros de desalojo; la capacitación de grupos de vecinos para una óptima respuesta ante éste tipo de desastres.

Ni qué decir que a estas alturas todavía no se castiga a los ingenieros y arquitectos responsables de la construcción de los inmuebles dañados o que siguen sin respetarse los reglamentos de construcción y protección civil o que existe un total de 2 mil inmuebles excluidos de los programas gubernamentales de reestructuración y cuyos habitantes están en riesgo de perder la vida ante otro sismo como el de aquel 19 de septiembre de 1985.

Entre los asuntos pendientes es prácticamente grave el caso de la vivienda, aunque habrá de reconocer que es un problema irresuelto de antaño, pero hasta hoy todavía no se atiende a las 1,200 familias de las 46,600 que resultaron damnificadas en el sismo del 85.

De ese número, todavía 480 familias completas viven en campamentos, sin olvidar los dos mil

inmuebles del Centro Histórico que son considerados de alto riesgo, o a los vecinos de Tlatelolco, cuyas torres siguen siendo trampas mortales, sin escaleras de emergencia y otros requisitos de construcción, según lo han denunciado líderes y habitantes de esta zona de Tlatelolco.

Por eso, compañeras y compañeros Asambleístas, el mejor homenaje que podemos ofrecer en este día 19 de septiembre, y a diez años del hecho doloroso de los sismos del 95, el mejor homenaje a los caídos y damnificados, es el dar un cabal cumplimiento a sus demandas de habitación, el dar un cabal cumplimiento a medidas de seguridad y que el gobierno federal y el gobierno de la capital, esto es, el Regente de la Ciudad, aseguren que efectivamente se tienen las medidas adecuadas, se tienen los recursos suficientes para evitar otro dramático suceso como el de los sismos de 1985. Muchas gracias.

LA C. PRESIDENTA.- Muchas gracias, señor Representante. A continuación, se concede el uso de la palabra al Representante Francisco Alvarado Miguel, del Partido de la Revolución Democrática.

EL C. REPRESENTANTE FRANCISCO ALVARADO MIGUEL.- Con su permiso ciudadana Presidenta. Compañeras y compañeros Representantes:

A partir de las 7:19 horas del jueves 19 de septiembre de 1985, la vida de nuestra ciudad y la de nosotros cambió. Un terremoto de 8.1 grados en la escala de Richter, con duración de un minuto y medio, sacudió nuestro suelo y nuestras conciencias; a partir de entonces ya nada es igual; para decenas de miles fue el último día, para los sobrevivientes fue el principio de nuestro propio cambio.

Los sucesos vividos desde las primeras horas de aquél 19 de septiembre y los días siguientes son, para nuestra historia reciente, una lección de la cual aún no aprendemos y aún no valoramos en su importancia y trascendencia para comprender el cambio de esta sociedad que ahora más que nunca participa, que propone, que se moviliza y que lucha cotidianamente por las mejores causas populares.

La reflexión de aquél acontecimiento que hoy conmemoramos, nos lleva necesariamente a reconocer la respuesta histórica de la gran movilización solidaria de ayuda a las víctimas del sismo, que miles de personas anónimas hicimos en aquellos momentos.

Mientras los locutores de radio transmitían la orden gubernamental de no salir de sus casas, miles desobedecían el llamado para sumarse a las brigadas que le arrancaban vidas a la muerte.

Las exhaustivas tareas de rescate nos reconocían como iguales, no queríamos autoridades; nosotros, en esa igualdad de las cuadrillas, éramos la autoridad que resolvía qué hacer, localizar personas, improvisar campamentos, cocinar y distribuir alimentos para todos, apuntar las viviendas dañadas, abastecer agua potable, organizar a los voluntarios que llegaban a ayudar. En esos momentos nos unificó la tragedia, nos unificó reconocernos sobrevivientes y nos unificó ser útiles.

Esta gran organización social fue la respuesta a la incapacidad del gobierno para actuar ante los acontecimientos. Fue la decidida acción popular la que llenó vacíos, la que extendió la mano de ayuda, la que cobijó el dolor y la desesperación; triste papel hizo el gobierno y su partido, nos ordenó no ser solidarios y que nos mantuviéramos alejados de las zonas de desastre, rechazó en un primer momento la ayuda internacional que se hacía urgente y muy necesaria, evitando con ello que se salvaran más vidas, maltrató a las brigadas de rescatistas extranjeros y, como si estuviera en campaña electoral, hizo un uso clientelar de la solidaridad internacional, pretendió expulsar de nuestras vecindades del centro de la ciudad, manéjé el decreto expropiatorio de octubre de 1985 con fines políticos, para favorecer a su partido.

En Tepito, en el Centro, en la Colonia Roma y en otros lugares, los funcionarios de la Delegación Cuauhtémoc daban órdenes a gritos: váyanse a sus casas. Y la respuesta era contundente: no tenemos casas, se nos cayó con el temblor.

Ante la tragedia, el gobierno intentó aprovecharse de la desesperación de los damnificados, siempre el gobierno ha pretendido expulsarnos del centro de la ciudad.

La respuesta de los damnificados fue también contundente: ¡Aquí nos quedaremos! La lucha de los damnificados se convirtió en resistencia; las organizaciones independientes se multiplicaron, los esfuerzos encontraron expresión de unidad en la Coordinadora Unica de Damnificados; la reconstrucción de más de 90 mil viviendas en los programas emergentes de vivienda, son el resultado concreto de esta acción social.

Para los damnificados, lograr este triunfo significó derrotar las actitudes oficialistas personificadas en los Ramón Aguirre, los Carrillo Arena, los Carlos Salinas, los Parceros López, etc.; significó la movilización cotidiana en la defensa de la ciudad, barrio por barrio, y el arraigo que por generaciones se ha mantenido; significó hacerse oír ante los notables del Comité Nacional de Solidaridad, a quienes no se les pidieron dádivas sino lo que nos correspondía.

La lucha de los damnificados fue otro terremoto. Este cimbró la intolerancia del gobierno; sacudió a la burocracia oficial; generó voluntades de triunfo; cimentó luchas sociales que después serían ejemplo para muchos movimientos reivindicativos y políticos, como fue el caso de los estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México, la de los maestros democráticos, la insurrección electoral de 1988, etc.

En la ciudad y en el país, desde entonces, surgen nuevos espacios donde se plantea y se discute la transición democrática; la tragedia abre paso a la reflexión acerca de la transición; la sociedad civil emerge de la tragedia.

Los sismos trajeron como resultado estos y otros efectos, modificándose la relación del estado con la sociedad.

En este sentido, resulta paradójico que, mientras la sociedad civil muestra signos de madurez, el estado da muestra de intolerancia, de resistirse a una transformación profunda en la vida nacional y de esta ciudad.

Tras los sismos, todos buscaron ser beneficiados por este cambio; el régimen salinista, por ejemplo, a partir del Programa Nacional de Solidaridad, le dio un manejo político electoral al sustantivo.

Con esta apariencia de asistencia social, acotado a la atención de la extrema pobreza y no a las demandas reivindicativas, la solidaridad de Salinas dio continuidad a las políticas económicas neoliberales; detrás de la supuesta solidaridad oficial, la intención perversa fue la sumisión popular a cambio de las dádivas materiales.

Muchas otras son las lecciones que debemos aprender y, sobre todo, tener presentes.

Hace 10 años, Miguel de la Madrid reconocía que, frente a un terremoto de esta magnitud no contamos con elementos suficientes para afrontar el siniestro con rapidez y con suficiencia. 10 años después, podemos afirmar que no hemos logrado avances sustantivos en materia de cultura sísmica.

Sin ir más lejos, habría que reflexionar acerca del sismo del pasado jueves 14 de septiembre y hacer algunas consideraciones. Si bien el sistema de alerta sísmica funcionó sin contratiempos en 48 de 50 estaciones que cuentan con receptores y en total en 92 de 100 establecimientos que cuentan con el sistema, se hace evidente la falta de conciencia cívica de distinguidos comunicadores radiofónicos que prefieren, a título personal, no difundir la señal de la alerta para no asustar a la ciudadanía. Además, algunos medios informativos afirman, en encuestas realizadas por ellos, que casi un 80% de la población no recibió la señal de alerta.

A esto hay que agregar que, para hacer eficiente la salvaguarda personal, se depende fundamentalmente de saber qué hacer al presentarse un movimiento telúrico.

Resulta evidente que los medios de comunicación televisivos podrían jugar un papel primordial en la creación de una cultura sísmica, por lo que resulta poco solidario con la ciudad que los consorcios de la televisión privada ni siquiera incluyan este sistema de prevención en su señal, toda vez que su cobertura representa un alcance sustancial en el espacio de la comunicación.

Sin duda, se hace necesario continuar la búsqueda de alternativas tecnológicas para lograr que un mayor número de personas reciban la alerta sísmica pues, en la actualidad, las 50 estaciones de radio que la transmiten son la única referencia para la población en general.

El sistema de alerta sísmica ha sido sin duda controvertido. Nosotros creemos que un avance importante para el mejoramiento de este sistema sería que la transmisión de las costas de Guerrero al Distrito Federal se hiciera vía satélite o empleando fibra óptica. También es importante que, en su fase final, la emisión de la señal ante la inminencia de un sismo de magnitud mayor o igual a los 6 grados Richter sea automática para que no quede al criterio de los empleados de las emisoras, lo que evitaría que ésta se retrase o incluso que no se transmita como ya ocurrió durante el sismo del pasado día 14 de este mes.

En su comparecencia el Regente mencionó que el sistema de alerta sísmica se mantendría en lo referente a los planteles escolares y edificios públicos. En lugar de circunscribir este avance tecnológico se debe ampliar masivamente a los lugares de alto riesgo que, por cierto, están perfectamente identificados, y los de alta concentración habitacional.

Debemos reconocer que aún tenemos una cultura sísmica inadecuada; se deben mantener los esfuerzos en materia de simulacros, de información clara y de alcances masivos; se debe estudiar la posibilidad de establecer asignaturas de protección civil en las escuelas. El sistema de alerta sísmica no le va a salvar la vida a nadie si no sabemos qué hacer al ocurrir un sismo.

Si bien es cierto que, de acuerdo a los datos existentes en torno a efecto, en la estructura organizativa y funcional en la ciudad, no puede afirmarse que el sismo del 14 de septiembre haya sido un desastre, queda en la atención de todos la inquietud para afrontar en un futuro la eventualidad de una tragedia similar o mayor a la de la de hace 10 años.

Por tal razón, para los integrantes de la fracción del Partido de la Revolución Democrática resulta prioritario hacer los siguientes pronunciamientos:

1o. Resulta fundamental que esta Legislatura apruebe en este periodo ordinario una Ley de Protección Civil para los habitantes de la ciudad, aún a pesar de la inexistencia de un adecuado marco jurídico federal, toda vez que los riesgos, sobre todo los de origen natural y en particular los sismos y vulcanológicos, no esperan.

La metrópoli requiere, entonces, de acciones preventivas inmediatas, integrales y cotidianas.

Oscar Espinosa dijo aquí, hace 2 días, lo siguiente: "Confirmamos nuestra convicción de que ningún esfuerzo debe ser escatimado cuando se trata de salvar vidas frente a lo inevitable de los desastres naturales". Por tanto, la aprobación de esta ley será un esfuerzo no escatimado para brindar un marco legal a los capitalinos frente a los diversos riesgos a los que estamos expuestos y, por lo tanto, ello contribuirá a salvar vidas.

2o.- El anteproyecto de Ley de Protección Civil que se discutirá en el presente periodo ordinario de sesiones fomenta la participación cívica, responsable, incluyente y coordinada; sustenta en el hecho irrefutable de que sólo la sociedad en su conjunto es capaz de instrumentar las medidas preventivas para la colectividad. Sin la concurrencia consciente de la sociedad no se logrará la eficacia que requiere la vulnerabilidad inherente a la concentración humana y la infraestructura urbana que caracteriza a nuestra metrópoli.

3o.- Tras haber comprobado el pasado 14 de septiembre la efectividad de una instrucción constante en los menores escolares, resulta imprescindible delinear estrategias de información a nivel general en la población, que incida fundamentalmente en la adopción de medidas y programas de autoprotección y salvaguarda comunitaria.

En este sentido, el acceso a la información precisa, oportuna y confiable es un requisito fundamental para que los medios de comunicación, principalmente, puedan de manera efectiva servir como verdaderos vínculos de instrucción en esta importante materia. Deben los medios de comunicación mantener una ética que evite tanto el sensacionalismo como la minimización y lograr transformar la conducta colectiva de coexistencia pasiva con los riesgos, por una convivencia consciente con ellos.

4o.- Para desarrollar cabalmente estas tareas es vital la creación del Instituto de Protección Civil para la Ciudad de México.

Por último, para contribuir a la construcción de una cultura cotidiana de protección civil, en la

comunidad capitalina, hacemos la propuesta de que se declare, en el lapso que va del 19 de septiembre de 1995 al 19 de septiembre de 1996, el año de la protección civil para el Distrito Federal, con el objeto de impulsar un conjunto de programas, planes y acciones, tendientes a revitalizar y en algunos casos a instrumentar la cultura de salvaguarda a nivel del barrio, la colonia, la escuela, el centro de trabajo y la ciudad toda.

Compañeras y compañeros Representantes:

Dentro de pocas horas miles de capitalinos saldremos en una manifestación de Tlatelolco al Zócalo, no únicamente para recordar a nuestros muertos, sino para refrendar esta lucha que se intensificó hace 10 años en la búsqueda de la justicia, la libertad y la democracia. Gracias.

LA C. PRESIDENTA.- Muchas gracias Representantes Alvarado. A continuación se le concede el uso de la palabra al Representante Héctor González Reza del Partido Acción Nacional.

EL C. REPRESENTANTE HECTOR GONZALEZ REZA.- Muchas gracias, ciudadana Presidenta.

Honorable Asamblea Legislativa: diez años han pasado desde aquél trágico 19 de septiembre cuando una vez más esta ciudad fue sorprendida por la fuerza de la naturaleza.

Un sismo de magnitud sin precedentes sacudió, con furia, nuestro suelo, dejando, en segundos, cientos de casas y edificios derrumbados; miles de personas, desgraciadamente quedaron sepultados bajo su propio techo, familias enteras no vieron un día más; trabajadores, empleados públicos y privados fueron hombres, mujeres y niños que perdieron la vida.

Bastó un empujón, en la Placa de Cocos, en un acomodamiento telúrico, para ocasionar aquí el estruendo del desastre. Y en esta enorme plaza, esta tan citada por Bernal Díaz del Castillo, cuando decía que otro día de mañana salíamos de Iztapalapa muy acompañados de aquéllos grandes caciques y señores, que atrás he dicho, esta enorme plaza, con una calzada la cual era ancha de ocho pasos, está, la ciudad de los

palacios, vio que las piedras se rompieron y vino el sacrificio humano, como en los tiempos del joven abuelo.

Esa pudiera ser, piensan algunos, la verdadera venganza de Tezcatlipoca. Los templos están sepultados, la ciudad se hunde por su propio crecimiento y la sobre explotación de sus recursos. Y en sus hundimientos algunas fracturas son por asentamientos diferenciales, es que abajo están sepultados, sí, los templos y palacios de lo que fue esta ciudad.

Así es como lo ocurrido en casi dos interminables minutos, permanece vivo en la memoria y nadie lo olvidará. Son un sinnúmero de daños materiales y, lo más lamentable, entre diez y veinte mil muertos. La cifra exacta nunca se conocerá.

Una vez que la tierra dejó de retremblar en su centro, la gente se apresuró como pudo a remover escombros y a rescatar sobrevivientes, la reacción fue inmediata, no esperó, un instante podía significar una vida; lenta fue la ayuda de algunas instituciones oficiales. Pudo ser lo inesperado de la Catástrofe, la insuficiente capacidad de respuesta ante su magnitud, también la negligencia o el error humano, siempre se cuestionó el Plan DN3, que práctica el Ejército para auxiliar a la población civil en caso de desastre.

Ese plan de dio "a cuentagotas", en algunos casos bien y en otros lamentablemente no fue así.

También fluyó, de inmediato, la ayuda de diversos organismos internacionales, gubernamentales, nacionales y extranjeros. Otros gobiernos enviaron ayuda material y humana, destaca la participación que tuvieron el Escuadrón de Rescate de la Policía y, desde luego, como siempre, la Cruz Roja Mexicana y el Heroico Cuerpo de Bomberos.

Gracias a todos ellos se salvaron muchas vidas y cada persona que se rescataba, de entre las ruinas, era, para quienes de ahí no se movieron, un ánimo que se contagiaba, a veces era un milagro, ahí siguieron hasta que la última piedra se quitara. La esperanza fue lo último en morir.

Al fin, terminó la desesperada búsqueda de los padres, hijos o hermanos, de amigos y

compañeros de trabajo, del vecino y el ciudadano desconocido. Aún cuando muchos mexicanos se resignaban a perder a los suyos fue necesario emprender la reconstrucción de las zonas devastadas y el establecimiento de los servicios básicos.

En esta etapa, conocida como la de participación popular y reconstrucción urbana, la gente vio destruidas las vecindades y viviendas que ocupó por décadas, algunos se trasladaban a campamentos transitorios o tuvieron que refugiarse en casas de parientes o amigos; otros se quedaron en la calle, ya porque no alcanzaron la ayuda oficial o bien porque decidieron permanecer juntos a sus casas y su barrio, lo poco que de ellos quedaba.

El gobierno creó la Comisión Metropolitana de Emergencia y el programa de Renovación Habitacional Popular.

Por su parte, el pueblo enfrentó la situación con gran iniciativa. Todos estaban involucrados en tareas colectivas para restaurar su morada. Como una grieta más del terremoto, la fisura entre sociedad y gobierno se hizo patente, surgieron nuevas formas de presión política.

Esa nueva autogestión vecinal y la solidaridad para con otros grupos, contó en muchos casos con la valiosa mediación de estudiantes y profesionistas, que lograron conciliar las necesidades y demandas de los damnificados en su requerimientos de espacios, con las limitaciones técnicas y económicas del antes citado programa oficial.

Paralelamente a la reconstrucción, se inició una profunda revisión del Reglamento de Construcción del Distrito Federal, con el propósito de que las nuevas edificaciones contaran con mayores niveles de seguridad y mas capacidad para disipar la energía.

La oportuna elaboración de normas de emergencia permitió iniciar rápidamente proyectos de reparación y reforzamiento de todo tipo de edificios. Estas normas se basaron en una evaluación preliminar de los inmuebles, realizada por arquitectos e ingenieros de los sectores público y privado. Surgieron después acuerdos, prácticas y un Reglamento de Protección Civil.

Más tarde, tuvimos un nuevo Reglamento de Construcciones del Distrito Federal, que estableció clasificaciones a las construcciones y al terreno en el Valle de México. Estas especificaciones, vale la pena mencionar, reconocen límites más precisos, ya que gracias a la investigación experimental en ingeniería estructural, ingeniería de cimentación y sismología, conocemos mejor la interacción entre el suelo y las estructuras apoyadas en él.

Podemos decir que el diseño para dar seguridad a las construcciones ha evolucionado rápidamente. Además, el Reglamento de Construcciones elaborado por la Primera Asamblea de Representantes del Distrito Federal, asigna particular importancia a la responsabilidad, a través de figuras como el director responsable de obra, o el corresponsable por especialidad.

Algunas reformas planteadas a dichos ordenamiento, apuntan más a cuestiones de administración, desregulación y protección al medio ambiente, que a aspectos relacionados con la resistencia de las construcciones.

La zona metropolitana de la Ciudad de México, es una de las áreas de más alto riesgo en el país, por su altísima concentración poblacional, económica, industrial y de servicios, por sus características naturales, expuestas permanentemente a terremotos, inundaciones, derrames, fugas o explosiones, epidemias e incluso a conflictos sociales, que sin duda la ponen en riesgo constantemente. Pero el mayor de ellos es el del fenómeno sísmico, ya que además de efectuar la vida y patrimonio de los que aquí habitamos, puede ocasionar innumerables daños a instalaciones vitales como la electricidad, los oleoductos y las comunicaciones.

La vulnerabilidad de la capital es cada día mayor, de ahí la imperiosa necesidad de vincular la prevención de desastres a toda la gestión urbana, y como parte importante también del desarrollo sustentable, pues la falta de agua potable o de aire limpio, sería una situación de inimaginables consecuencias.

Los panistas sostenemos que si la ciudad sigue creciendo hacia los límites indeseables,

aumentarán los riesgos potenciales en proporciones para las que no habrá capacidad de respuesta. Es urgente evitar que nos convirtamos en una megalópolis, que haga inoperante el más avanzado plan de coordinación ante situaciones de emergencia.

Nos pronunciamos nosotros porque, la Ley de Protección Civil no sólo establezca las bases de integración y funcionamiento de un instituto para tal fin, sino porque garantice la eficacia de un sistema de protección civil para toda el área metropolitana.

En el Partido Acción Nacional, ahora como entonces, nos unimos a la pena de los miles de conciudadanos que perdieron a sus seres queridos, sus bienes, quedaron muchos de ellos en el desamparo.

Expresamos nuestro profundo agradecimiento a aquellos organismos nacionales e internacionales que oportunamente prestaron apoyo, enviando alimentos, medicinas, instalaciones provisionales, equipo y personal especializado.

También nuestro reconocimiento a las asociaciones civiles y nacionales que se sumaron a las labores de salvamento, a las universidades y escuelas de educación superior, pública y privadas que mucho aportaron y siguen aportando a la sociedad, como parte de sus programas académicos, de investigación y de servicios a la comunidad, a los colegios de profesionistas y organizaciones gremiales, a los grupos y brigadas de voluntarios que prestos concurren y a los que de ahí surgieron, a las distinguidas personalidades que acudieron sin reserva, a los espontáneos y aún a los héroes anónimos que se organizaron y trabajaron por la noble causa de ayuda al prójimo en desgracia.

Hace dos lustros, a temprana hora, la ciudad empezó a sentir movimientos que cambiarían su fisonomía, del sismo a la reconstrucción y de ahí a la modernidad. Cambió la ciudad como si de su propia entraña renaciera otra ciudad, pero también una nueva sociedad civil renació de entre su misma gente.

Hoy, una década después del desastre, del dolor y del sufrimiento, de los escombros y los recursos

atrapados para siempre entre tantas paredes que crujieron ante la furia de la tierra, esta ciudad es otra, aunque irremediabilmente es la misma.

Los sismos del 85 dejan tras de sí heridas que no cierran y cicatrices que no desaparecen, pero también nos dejan experiencias.

Una. Que la sociedad puede emerger en auténticas formas de solidaridad y subsidiariedad.

Otra. Que se corrió una cortina tras la cual se mostró la otra cara de la ciudad, la pobreza escondida, el riesgo de su desmesurado crecimiento.

Y una, mas valiosa en sí, que es la generosidad de éste pueblo. Muchas gracias.

LA C. PRESIDENTA.- Gracias, señor Representante.

A continuación, se le concede el uso de la palabra al Representante, Antonio Paz Martínez, del Partido Revolucionario Institucional.

EL C. REPRESENTANTE ANTONIO PAZ MARTINEZ.- Con su permiso estimada Presidenta. Compañeras y compañeros Representantes; señoras y señores invitados que hoy nos acompañan:

Subo a este tribuna a expresar en esta Sesión Solemne, el sentir de la Fracción del Partido Revolucionario Institucional, al conmemorarse el Décimo Aniversario de los Sismos de 1985.

La única definición que puede calificar esta época, es la palabra "cambio". Los sismos son el parte aguas de estos tiempos, ciertamente este siglo se ha caracterizado por ello, por la última década ha desplazado todo lo que nosotros conocíamos como cambio.

El 19 de septiembre de 1985 marcó a la Ciudad de México, la despertó aquella mañana a las 7:19 horas, un sismo de gran magnitud, 8.1 grados en la escala de Richster, que sacudió no sólo casas y edificios, escuelas y hospitales completos, sino a miles de ciudadanos, cuyas heridas a 10 años no acaban aún de cerrar, frente a la pérdida de su familia, su casa, su historia y del dolor y de la

rabia, por un lado, y de la toma de conciencia a la solidaridad y entrega, por el otro, nació una nueva manera de ser habitantes de esta ciudad y motivó una nueva cultura urbana.

En septiembre de 1985, tomó forma la más amplia y generalizada movilización popular de los últimos tiempos, comprometida con la propia sociedad; los sismos sacaron a la luz desajustes gravísimos entre sociedad y Estado, mostraron la cara oculta de la capital plagada de injusticia, pobreza, explotación laboral, corrupción y fundamentalmente su vulnerabilidad ante los desastres; es decir, mostraron la precariedad de las acciones preventivas y salvaguarda y por ende, de una falta de cultura colectiva de protección civil. El México contemporáneo tendrá como parte aguas de su historia, los terremotos del 19 y 20 de septiembre.

Ciertamente no son los sismos de 1985, los que marcaron el cambio por ellos mismos, pero sí son la frontera para los vientos nuevos. Nadie de los que vivimos el miedo y la fraternidad de esos días somos como antes, el rostro de la ciudad cambio, del caos y de la desesperación dejadas por los sismos que devastaron gran parte del centro de la ciudad, fue surgiendo una historia sorprende, tan o más grande que la tragedia misma fue la respuesta solidaria y espontánea y la generosidad del pueblo, que en el Distrito Federal se volcó a las calles y ayudó en todo el tiempo que fue necesario en el rescate de las víctimas, en el retiro de escombros, en la instalación de albergues y campamentos.

Los habitantes de los estados de la República también ayudaron fraternalmente a los damnificados, enviaron todo tipo de ayuda y en muchos casos, también acudieron a colaborar en las acciones de rescate. No menos importante fue la solidaridad internacional, a las pocas horas de conocerse la trágica noticia, de los más variables puntos del orbe empezó a fluir el apoyo internacional, solidarizándose activamente. La gravedad de los daños sufridos en vidas y construcciones, no fueron ajenos a una forma de crecimiento urbano en que los intereses comerciales y la corrupción generaliza alrededor de ellos, han privado sobre la planificación racional y sobre el respeto a la vida y la calidad de la misma.

El derrumbe de edificios públicos, hospitales, escuelas talleres, vecindades populares y condominios modernos, muestran la inseguridad latente en que hemos vivido durante largo tiempo, las tareas de auxilio y salvamento recayeron básicamente en la población, que no escatimó esfuerzos para ayudar de las más diversas formas a sus miembros en desgracia. La participación ciudadana dejó muestra de una solidaridad social ampliamente prestada, resultado altamente gratificante observar cómo sin liderazgos preestablecidos y sin acarreos forzados, la población pudo en corto tiempo, desplegarse para desarrollar las más diversas tareas que reclaman su intervención; el respeto a la voluntad de los damnificados y a sus organizaciones en el proceso de la reconstrucción, tampoco fue fácil. Producto de un proceso complejo de acuerdos entre los afectados y las autoridades, fases no exentas de momentos difíciles y de posiciones muchas veces encontradas.

El proceso de la reconstrucción significa una invaluable experiencia que la pudiéramos resumir de la siguiente forma: hostilidad, incertidumbre, incredulidad, recelo, dudas, esperanza, confianza, reconocimiento; son fases de un proceso que experimentó el ánimo de los damnificados frente a los compromisos asumidos conjuntamente, y que fructificaron en los diversos acuerdos de concertación; convenio de concertación democrática para la reconstrucción de la Ciudad de México, y el convenio para la reconstrucción democrática de Tlatelolco.

Producto de estos convenios, fueron los Programas de Renovación Habitacional Popular, el programa de Reconstrucción Noaolco-Tlatelolco, y el Programa Fase II. Los resultados alcanzados fueron los esperados: reconstruir 70 barrios populares, lo que permitió gracias a los esfuerzos cambiados de autoridades, profesionistas y a una comunidad solidaria y actuante.

Al expresar que las acciones emprendidas y sus resultados sin duda fueron positivos, como la expropiación de las vecindades dañadas, el importante apoyo económico a los diversos programas emergentes y las nuevas formas de tenencia de la vivienda, etcétera, sin embargo el aspecto más relevante fue la irrupción de nuevas formas

de organización y participación social, a lo largo del proceso de la reconstrucción y, evidenció la crisis de los mecanismos de relación entre el gobierno y la sociedad civil.

Así, el concepto de sociedad civil fue tomando carta de naturaleza entre los mexicanos; la participación que se manifestó a lo largo de todos estos acontecimientos, no terminó ahí. Se queda en los barrios, colonias, en las organizaciones sociales que surgieron y continúan hoy en día a través de estas, directa o indirectamente.

Podemos afirmar, incluso, que fue el impulso participativo que generaron los sismos, el que contribuyó a la creación de la Asamblea de Representantes, al reciente creado Instituto de Vivienda en la Ciudad de México, y en un futuro cercano, los Consejos Ciudadanos.

Este impulso subyace también en los esfuerzos democratizadores de la ciudad y por qué no decirlo, en todo el país. Este es el cambio. "Bajo el suelo de México se pudren todavía las aguas del diluvio", escribe Jorge Emilio Pacheco, en su libro "El Reposo del Fuego".

Los sismos del 85, como tantos otros fenómenos, nos obligan a reflexionar sobre la fragilidad de los equilibrios que guarda nuestra ciudad, al inscribirse trágicamente en un contexto político-social, los fenómenos naturales adquieren connotaciones específicas, y repercuten en las significaciones sociales existentes, y revelan aspectos más o menos ocultos de la estructura social y política.

Desde esa perspectiva, el terremoto que asoló a la Ciudad de México hace diez años y el reciente ocurrido el 14 de septiembre del presente año, a las 8:04 horas, con una intensidad de 7.3 grados de Richter, y aunque afortunadamente no hubo consecuencias que lamentar, puso en evidencia la necesidad imperiosa de seguir avanzando en el establecimiento de una política preventiva, inteligente y persistente, que cuente con una estructura administrativa pública y privada coordinada, que eficiente, regule y vigile el cumplimiento de las normas, y programas cotidianos y en ello es fundamental involucrar a la sociedad civil en las acciones conjuntas que

permitan superar la incipiente cultura y organización de la prevención y protección civil, ante la eventualidad de futuros percances.

Tenemos que promover la adopción permanente y colectiva de una cultura cotidiana de autoprotección y salvaguarda. A lo largo de estos diez años la ciudad misma ha creado y se ha vuelto más compleja.

Por eso, para nosotros los que creemos que en la gran ciudad resulta importante conmemorar la frontera del tiempo, marcada por los terremotos del 85. La magia nace y crece en México, aquí en el portento del urbanismo, marcada con la línea definida de dos grandes épocas, por un lado.

Todo ello y por otras muchas razones, resulta importante que al cumplirse una década de estos acontecimientos, reflexionemos sobre lo ocurrido, recuperando nuestra memoria colectiva, con un sentido crítico que permita ver el futuro, con nuevas ideas y con nuevas propuestas de renovación, que nos conduzca a una mejor democracia, más igualitaria y más humana.

Al conmemorar esta fecha con solemnidad, fecha que es el abrelatas telúrico del año 2000, la Comisión de Vivienda de la Asamblea de Representantes, deseando sumar sus esfuerzos a la iniciativa para recordar estos acontecimientos históricos, promovió la realización de esta Sesión Solemne como un acto que sirva por el momento como un modesto y respetuoso homenaje a las víctimas de los sismos del 19 y 20 de septiembre, y también como un gracias a la vida que nos obliga a aprender de nuestros muertos, para que sus muertes no sean inútiles.

Esta ciudad debe tener memoria y no olvidar. "No hay tiempo, no lo hay; no hay tiempo", diría Jorge Emilio Pacheco.

Y por último, cabría recordar las palabras de Netzahualcóyotl, en su cantos floridos y de amistad: "Y la tierra tembló, y esos nuestros cantos y esas nuestras piedras ya son nuestras mortaja".

A la humanidad nuestro reconocimiento de amor y gratitud. Muchas gracias.

LA C. PRESIDENTA.- Muchas gracias, Representante Paz Martínez. Continúe la Secretaría.

EL C. SECRETARIO RODOLFO SAMANIEGO LOPEZ.- Se solicita a todos los presentes ponerse de pie para entonar nuestro Himno Nacional.

(Se entono el Himno Nacional)

LA C. PRESIDENTA.- Se levanta la Sesión Solemne y se cita para la próxima Sesión Ordinaria que tendrá lugar el día 25 de los corrientes, a las 11 horas.

(Se levantó la Sesión a las 13:05 horas)

ACTA DE LA SESION SOLEMNE DE LA ASAMBLEA DE REPRESENTANTES DEL DISTRITO FEDERAL, PRIMERA LEGISLATURA, CELEBRADA EL DIA DIECINUEVE DE SEPTIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS NOVENTA Y CINCO.

PRESIDENCIA DELA C. REPRESENTANTE PALOMA VILLASEÑOR VARGAS

En la Ciudad de México, a las once horas con treinta minutos del día diecinueve de septiembre de mil novecientos noventa y cinco, la Presidencia declara abierta la Sesión Solemne, una vez que la Secretaría manifiesta una asistencia de cincuenta ciudadanos Representantes.

Se da lectura al Orden del Día, así como a los Acuerdos de la Comisión de Gobierno y de la Comisión de Estudios Legislativos y Prácticas Parlamentarias, aprobados por el Pleno para la celebración de esta sesión.

Acto continuo, se guarda un minuto de silencio en memoria de las personas que perdieron la vida como consecuencia de los sismos de mil novecientos ochenta y cinco.

Enseguida, y para expresar sus puntos de vista en relación al Aniversario que se conmemora en esta Sesión Solemne, hace uso de la tribuna los siguientes Representantes: Arturo Sáenz Ferral, por el Partido Verde Ecologista de México; Germán Aguilar Olvera, por el Partido del Trabajo, Francisco Alvarado Miguel, por el Par-

tido de la Revolución Democrática, Héctor González Reza, por el Partido Acción Nacional, y Antonio Paz Martínez, por el Partido Revolucionario Institucional.

A continuación, se entona el Himno Nacional.

Se levanta la Sesión Solemne y se cita para la Sesión Ordinaria que tendrá lugar el próximo día veinticinco de los corrientes, a las once horas.

Directorio
DIARIO DE LOS DEBATES
De la Asamblea de Representantes
del Distrito Federal
Primera Legislatura
Enrique Hidalgo Lozano
Oficial Mayor
Donceles y Allende
México, D.F.